



La Santa Sede

SANTA MISA EN EL PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL PAPA PÍO IX

HOMILÍA DE SU SANTIDAD PABLO VI

Domingo 5 de marzo de 1978

Venerables hermanos e hijos queridísimos:

La circunstancia que hoy nos congrega en esta Basílica Patriarcal es la celebración centenaria del *dies natalis* de un predecesor nuestro, el cual —como leemos en la lápida que en su honor colocó el cabildo vaticano cerca de la estatua del Príncipe de los Apóstoles— *Petri annos in pontificatu romano unos aequavit* (el único que igualó los años de Pedro en el pontificado romano).

Cuando el 7 de febrero de 1878, al atardecer de un día invernal, expiró el siervo de Dios Giovanni Mastai Ferretti, Papa Pío IX, concluyeron con él las tres largas e intensas décadas —exactamente treinta y dos años— de un servicio pontifical que domina literalmente la escena del siglo XIX.

Fue éste un siglo lleno de presagios para la Iglesia y para el mundo. En efecto, al comienzo encontramos el pontificado de Pío VII, de más de veinte años de duración, atravesado en gran parte por el turbión de la vicisitud napoleónica, que marca una fatigosa sacudida también para la sociedad. Al final del siglo encontramos el pontificado del inolvidable Papa León XIII, que duró también veinticinco años, cuando el mundo se asomaba ya al nuevo siglo. En el medio, en un centro a la vez real e ideal, advertimos la amable figura del Papa Pío IX, en torno al cual se alternan sucesos gloriosos y sufridas tribulaciones, que constituyen tanto la trama de su vida como el ritmo y la respiración de la Iglesia y, en general, de la familia humana en aquel tiempo.

La complejidad de los hechos acontecidos y de los problemas planteados en el transcurso de tan largo pontificado es materia aún abierta bajo el aspecto histórico, es decir, del pasado, a la perdurante reflexión y a las profundas investigaciones de una bibliografía seria y documentada.

Pero quizás sea necesario —nos atrevemos a pensar— un ulterior y no breve período de decantación para que se ensanche la perspectiva, para que haya más luz, para que se comprendan plenamente los acontecimientos y sus más profundas y verdaderas motivaciones, de tal modo que, disipado todo residuo de animosidad personal o de prejuicio, pueda emerger la personalidad de este Pontífice en su dimensión de autenticidad humana, de irradiante bondad y de virtud ejemplar.

Pero nosotros nos hemos reunido ahora —repetimos— con el fin de conmemorar su nacimiento para el cielo, ocurrido hace un siglo, cuando su alma de apóstol, al toque del Avemaría, abandonó el cuerpo cargado ya de años y fatigas. Esto quiere decir que limitaremos nuestra atenta evocación y nuestra devota meditación al perfil espiritual y apostólico de un Pontífice que fue tan amado, y a las empresas que, con invicto valor, acometió para el incremento de la fe católica y para el bien de la santa Iglesia. Nos alegra que a esta ceremonia asista una conspicua y calificada representación junto con los obispos de la región de las Marcas, la tierra que vio nacer al Papa Mastai.

El prelado que en junio de 1840, tras un Cónclave brevísimo, fue elevado al supremo pontificado, era un auténtico hombre de Dios, que se distinguía por sus eminentes dotes de piedad religiosa y de ardiente celo por las almas.

En la plenitud aún de sus fuerzas, llevaba a la misión de paternidad universal que se le había encomendado el fervor de una fe profunda, una rica experiencia pastoral madurada en el trato asiduo con las poblaciones de las sedes episcopales de Espoleto e Imola, que antes había ocupado, y el conocimiento directo de los problemas que estaban aflorando tanto dentro de la comunidad eclesial como en la organización del Estado de la Iglesia; pero llevaba, sobre todo, el ansia de servir a la causa de Cristo y de su Evangelio. "Servir a la Iglesia: ésta fue la única ambición de Pío IX", ha escrito un historiador autorizado (cf. Roger Aubert, *Il Pontificato di Pio IX*; ed. ital., Turín, 1970, parte 1, pág. 450). Eso explica su infatigable entrega a los deberes del ministerio apostólico, aun los más gravosos y más arduos: cualidad constante que ha de reconocérsele, no sin admiración, por encima de los impulsos mismos del carácter humano y de las dificultades objetivas con que topó su actuación de Pastor y de Soberano.

La figura de Pío IX, cien años después de su muerte, parece reconocible ya en una doble fisonomía convencional y fiel a la realidad: la de Papa derrotado bajo el derrumbamiento del poder temporal con el que en cierto modo se había identificado el pontificado romano, y la de Papa que renace en su aspecto propio, nunca traicionado, pero ahora más palmario y evidente, de Pastor de un pueblo que por sí mismo y en la opinión pública no sabía bien si llamarse o cómo llamarse cristiano.

El derrumbamiento del poder temporal parecía indebido y grave, y comprometía la independencia, la libertad y la funcionalidad del Papado. Amenaza ésta que pesó sobre la Sede Apostólica hasta

los días de la Conciliación, manteniendo vivo con nostálgica amargura el recuerdo de los siglos en que el poder temporal había sido escudo defensivo del espiritual y al mismo tiempo tutor del territorio de la Italia central, en el que había conservado el recuerdo y el porte civil de la tradición clásica romana, favoreciendo el ensamblaje de los Estados del continente, alimentando una conciencia unitaria de la civilización dimanante del humanismo grecorromano y, sobre todo, fomentando la fe católica en las almas y en las costumbres.

Pero el desarrollo histórico y civil de los pueblos y al final, después de la Revolución Francesa y de la evolución post-napoleónica, a mediados del siglo XIX, su madurez constitucional, no permitían ya al Estado Pontificio el ejercicio de una hegemonía ideológica ni de una primacía temporal.

El intento de implicar al Estado Pontificio en una guerra nacional fracasó ante la vigilante conciencia del Papa acerca de su misión propia, religiosa, no política, y mucho menos militar (alocución del 29 de abril de 1848); de ahí la inquietud revolucionaria que tuvo su triste epílogo en el asesinato de Pellegrino Rossi (el 15 de noviembre) y en la subsiguiente huida del Papa a Gaeta (25 de noviembre). No hacemos ahora la historia de aquella desdichada vicisitud. Nos basta destacar que, cuando el Papa regresó a Roma (12 de abril de 1850), ya no estaba en condiciones de repetir las serenas palabras de dos años antes (11 de febrero de 1848): "Gran Dios, bendecid a Italia". Con el alma llena de amargura por los sufrimientos padecidos y por la experiencia adversa reanudó, ciertamente, hasta el 20 de septiembre de 1870, su autoridad de soberano temporal, pero ajeno ya a las corrientes de ideas y políticas de su tiempo; y la nueva situación nacional no sosegó el espíritu enojado del afligido Pontífice.

La herida infligida entonces al Papado llegó también a gran parte del pueblo y de la Iglesia entera, atormentando durante largos años su conciencia cívica y su sentimiento católico.

Pero precisamente en aquella situación paradójica se renovó el prodigio de la inmortalidad de Pedro ("Yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo", había dicho Jesús: *Mt 28, 20*). Todo el pontificado de Pío IX puede decirse que fue una revelación de las inexhaustas energías que el Papado y la Iglesia poseen como algo propio para una historia siempre nueva.

Una apertura de dilatada generosidad fue la nota más destacada de su servicio, la cual, fundiéndose con las innatas características de cordialidad y buen sentido, heredadas de su tierra y de su gente, sirvió para granjearle la devoción de las clases humildes y populares y paulatinamente, en medida creciente, de las multitudes de los hijos de la Iglesia.

Si nos fijamos ahora en los principales objetivos de la férvida acción pastoral de Pío IX, hemos de mencionar ante todo al clero, al que el Papa, ayudado por tantos insignes obispos diocesanos, dedicó con feliz intuición de las necesidades prioritarias, una atención especial, como demuestran no pocos documentos de su pontificado.

Así fue como se elevó grandemente la figura del sacerdote, que ya se educaba normalmente en el ambiente del seminario y, formado allí en la vida interior y en la obediencia, se mostraría después, en el campo del trabajo, más consciente de sus responsabilidades y siempre cercano a su grey, no ya predestinado al disfrute tranquilo de fáciles prebendas eclesiásticas, sino a una cura pastoral más ardua y más asidua y amorosa.

No en vano se habla de "clero piano", tal no sólo por el hábito que viste; de hecho se puede afirmar con exactitud y documentar de modo seguro que fue un clero más disciplinado, más piadoso y más celoso que en el pasado. Aunque se advierta indudablemente alguna laguna, no se puede negar esta mejoría cualitativa en la espiritualidad y en el ministerio de los sacerdotes, los cuales, superando visiones estrechas y particularistas, sienten cada vez más la necesidad de coordinar los esfuerzos y las iniciativas.

Una actividad nueva anima la Iglesia de Pío IX. En efecto, por aquellos años se registran no pocos grupos de oblatos y una floración de sociedades y de asociaciones sacerdotales que promueven en los ministros de Dios el crecimiento "según el espíritu", la perseverancia y la fidelidad a la vocación, la disponibilidad al servicio no sólo según la voluntad, sino también según los deseos de los superiores. En esto hay que ver un válido precedente que influirá después en las directrices jurídicas y pastorales de la Iglesia (cf. C.I.C., cáns. 124-129; *Presbyterorum ordinis*, núms. 8, 12, 15-17).

La comunión fraterna de los sacerdotes entre sí, preludiando un enlace más orgánico de ellos mismos con los seglares en orden al apostolado, se instaura paralelamente con una recuperación decisiva de las órdenes y de las congregaciones religiosas; estas últimas, precisamente a mediados del siglo pasado, conocen un desarrollo sin precedentes. Si antiguos institutos se recuperan tras las pruebas de las supresiones, de las expulsiones y de los obstáculos que, de formas distintas según los países, obstaculizan su labor en los campos educativo y asistencial, y amenazan incluso la vida contemplativa y monástica, hay que tener presente sobre todo el gran número de institutos masculinos y femeninos que surgen en este mismo período, gracias especialmente al empuje de sacerdotes valientes, no ajenos al espíritu que soplabla desde Roma.

La relación de institutos fundados o aprobados durante el pontificado de Pío IX sería demasiado larga, si quisiéramos reseñarla aquí, y fácilmente incurriríamos en lamentables omisiones. También fue mérito del Pontífice haber promovido la reforma de los institutos existentes, corrigiendo los abusos, eligiendo —a veces con intervenciones personales— superiores capaces, introduciendo la importante norma, incluida después en el Código de Derecho Canónico (cf. can. 574), de que la profesión definitiva de los votos ha de estar precedida por la profesión de los votos simples. Al mismo tiempo, por lo que se refiere a los nuevos institutos, sus preferencias se dirigían hacia los de apostolado activo que tenían como finalidad el cuidado de los pobres, la asistencia a los enfermos, la buena prensa, la enseñanza y las escuelas y, sobre todo, las Misiones.

Así llegamos a las misiones; y a este respecto, ¿cómo olvidar la amplitud que asume, a partir de 1850, la acción evangelizadora de la Iglesia? En efecto, el tiempo de Pío IX es de una fecundísima sazón misionera, la cual nos ofrece nombres prestigiosos y ve a los heraldos del Evangelio moverse hacia todas las partes del mundo, tejiendo, por así decir, una red tupidísima que se extiende desde las dos Américas hasta el Extremo Oriente y desde las regiones de África entonces exploradas hasta el Continente Australiano.

En el mismo período se advierte con claridad entre los católicos la preocupación "unionista", y tienen lugar los primeros llamamientos dirigidos por el Pontífice a las Iglesias de Oriente y de Occidente separadas de Roma. Aunque de ello no se sigan resultados concretos, se inicia con todo un movimiento ecuménico *ante litteram* que, a la larga, sirve para preparar en la caridad y en la oración los futuros encuentros y contactos entre los hermanos cristianos, contribuyendo al menos a serenar los espíritus, a apaciguar las polémicas, a instaurar el necesario y oportuno clima de fraternidad. Y no se puede silenciar el acercamiento a Roma que se verifica en las Islas Británicas y que, entre otros frutos, produce uno incomparable, el cardenal John Henry Newman, y luego la restauración de la jerarquía católica primero en Inglaterra y después en Escocia.

Pero Pío IX ha pasado a la historia sobre todo por haber sido el Papa de la Inmaculada y del Concilio Vaticano I, y no cabe duda de que hay una conexión religiosa y afinidades internas que enlazan ambos actos del magisterio pontificio.

Ante el hombre desmemoriado y ante el mundo de la indiferencia y del racionalismo, ajeno o cerrado a la fe y a la gracia, el Pontífice hizo brillar la luz de la Virgen María cual *signum magnum* de transcendente belleza y, al mismo tiempo, imagen profética del plan de restauración que él, como cabeza visible de la Iglesia, perseguía sin descanso.

Y la celebración del Concilio Vaticano I fue un acontecimiento eclesial de incalculable alcance histórico, cuyas decisiones y definiciones son como faros luminosos en el secular desarrollo de la teología y como otros tantos puntos fijos en el torbellino de los movimientos ideológicos que caracterizan la historia del pensamiento moderno y pusieron las premisas de un dinamismo de estudios y de obras, de pensamiento y de acción que culminaría en nuestra época, en el Concilio Vaticano II, que se remitió expresamente al Vaticano I.

En efecto, es preciso destacar que, promulgando la Constitución Apostólica *Pastor Aeternus*, Pío IX no hizo sino poner el arquitrabe de esa sólida construcción eclesiológica que fue completada y perfeccionada después por la Constitución *Lumen gentium*, "magna charta" del Concilio Vaticano II. Esta es una doble continuidad admirable, porque se refiere objetivamente a la Iglesia y también a la doctrina que la Iglesia profesa de sí misma.

Nos agrada igualmente recordar cómo bajo Pío IX, entre otras cosas por la repercusión de las circunstancias histórico-políticas, se esbozó la primera idea de una organización de los católicos

no sólo para tutelar los valores de su fe, sino también para promover su colaboración activa con el apostolado jerárquico.

En efecto, justamente en la época "piana" tuvo su origen la Acción Católica, llamada entonces Sociedad de la juventud Católica Italiana, a la que se debe, entre otras cosas, la decisión de fundar lo que a partir de 1874 será la Obra de los Congresos. Se trata, ciertamente, de estructuras embrionarias que se configurarán y desarrollarán en los decenios sucesivos, pero la idea lanzada entonces iba a demostrarse válida.

También desde este punto de vista, igual que por los datos de hecho antes recordados, Pío IX aparece en la historia de la Iglesia como animador diligente y constructor activo, cuyo carisma y cuya herencia se prolongan hasta la edad contemporánea, si es verdad que no poco de cuanto él intuyó, quiso y puso en práctica sigue vivo y perdura todavía hoy.

Concluyamos con un episodio, para nosotros conmovedor, relacionado con nuestra dilecta familia natural.

El año 1871, un jovencito de Brescia fue presentado por sus padres a Pío IX que, movido por su cariño innato hacia la juventud, le puso la mano sobre la cabeza, diciéndole: "Giorgio, también tú aquí, pequeño diputado" (cf. A. Fappani, *Pio IX e la famiglia Montini alla luce di documenti inediti*, en *Pio IX*, I, 1972, pág. 317).

Cuarenta y nueve años después, Giorgio, ya diputado efectivo, firmó el registro de los visitantes en el palacio Mastai, casa natal del Papa en Senigallia. Aquel jovencito era nuestro padre...

Así nos une con nuestro venerado predecesor un hilo histórico sutil y peculiar que sirve para explicar el lazo de orden personal y afectivo que, además de los más altos motivos espirituales y eclesiales, nos vincula con el bendito recuerdo y la querida figura de este Pontífice.

Nosotros hemos querido conmemorar hoy a Pío IX para tributarle un homenaje debido, aunque muy inferior a sus méritos, y para manifestar, asimismo, los sentimientos de viva gratitud que el actual Pastor de la Iglesia debe al Pastor de la Iglesia de ayer, que la Iglesia del Concilio Vaticano II debe a la Iglesia del Concilio Vaticano I, que todo el Pueblo de Dios, en la admirable realidad unitaria de la Comunión de los Santos, debe a los fieles y Pastores que le precedieron "en el signo de la fe" y, llevando en la mano esta antorcha luminosa (cf. *Mt* 25, 1; 5, 15), fueron ya al encuentro de Cristo Señor. Así sea.

(Cf. *Le Pontificat de Pie IX*, por R. Aubert, *Histoire de l'Eglise*, vol. 21; Bloud et Gay, 1952. *Pio IX*, 1846-1850, por Giacomo Martina, Roma, *Università Gregoriana Editrice*, 1974; del mismo autor, *Pio IX, Chiesa e mondo moderno*, ed. *Studium*, Roma, 1976).

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana